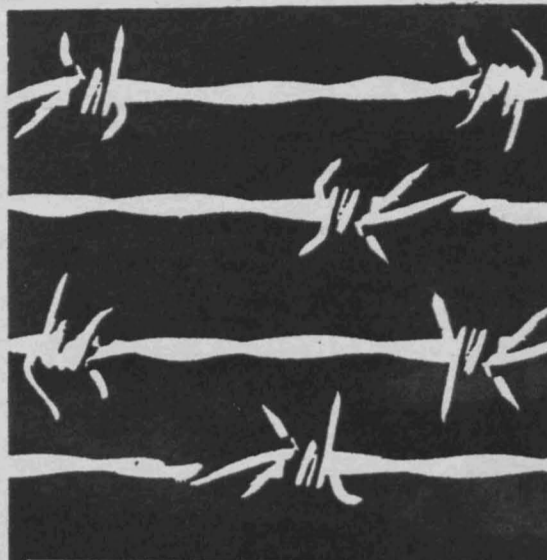


Argentina

JUAN GELMAN: Prohibido el Retorno



(PRESENTACION Y
SELECCIÓN DE TEXTOS:
MAURICIO CIECHANOVER)

Aún con las clásicas discusiones de por medio, no son pocos los que en su tierra opinan que es el mayor poeta viviente. No obstante ese distinción, y cuando ya van algo más de tres años de restauración constitucional en Argentina, Juan Gelman prosigue en el destierro, pateando las calles de Roma o de París pero no las de sus barrios bonaerenses más queridos y las de sus rincones favoritos.

El compromiso político asumido por el creador de *Violín* y otras cuestiones, pareciera extenderse indefinidamente, no tener límites de tiempo y espacio, en contraposición con los juzgadores que, en lo tocante a torturadores y violadores de derechos humanos, han logrado sacar de la manga la legislación de "punto final" para bajar la cortina a gran cantidad de sanguinarios elementos, civiles y militares, que ejercieron su poder a discreción durante la vigencia de las sucesivas juntas de milicos.

Mediante publicaciones y escritos especiales, por medio de reuniones públicas y mesas redondas, gran parte de la ciudadanía y la intelectualidad argentina ha hecho conocer su reprobación a la medida que toca al poeta proscrito. Aquella que le pide su retorno al país.

Sumamos nuestra voz a ese movimiento de opinión de tan justicieros perfiles, y confiamos que habrá de lograrse el objetivo prontamente. Hasta tanto ello ocurra, y para que el lector tenga una idea de lo que viene significando este largo exilio de Juan Gelman, incluimos algunos de sus materiales contenidos en *Bajo la lluvia ajena*, perteneciente al libro que, junto al testimonio de otro argentino exiliado, Osvaldo Bayer, llevara por título común el de *Exilio* (Legasa, Buenos

Aires, 1984). En el caso de este último, Bayer, cabe aclarar que su texto se constituye en una parábola impecable: sus padres, alemanes, buscaron refugio en Argentina ante el avance del nazismo. Bayer, argentino de nacimiento, debió buscar asilo político en Alemania ante el ascenso de los militares golpistas, en 1976.

No debiera arrancarse a la gente de su tierra o país, no a la fuerza. La gente queda dolorida, la tierra queda dolorida.

Nacemos y nos cortan el cordón umbilical. Nos destierran y nadie nos corta la memoria, la lengua, los colores. Tenemos que aprender a vivir como el clavel del aire, propiamente del aire.

Soy una planta monstruosa. Mis raíces están a miles de kilómetros de mí y no nos ata un tallo, nos separan dos mares y un océano. El sol me mira cuando ellas respiran en la noche, duelen de noche bajo el sol.

Roma/14.5.80.

Serías más aguantable, exilio, sin tantos profesores del exilio, sociólogos, poetas del exilio, llorones del exilio, alumnos del exilio, profesionales del exilio, buenas almas con una balancita en la mano pesando el más el menos, el residuo; la división de las distancias, el 2x2 de esta miseria.

Un hombre dividido por dos no da dos hombres.

Quién carajo se atreve, en estas circunstancias, a multiplicar mi alma por uno.

Roma/11.5.80

Mi padre vino a América con una mano atrás y otra adelante, para tener bien alto el pantalón. Yo vine a Europa con una alma atrás y otra adelante, para tener bien alto el pantalón. Hay diferencias, sin embargo: él fue a quedarse, yo vine para volver.

¿Hay diferencias, sin embargo? Entre los dos fuimos, volvimos, y nadie sabe todavía a dónde iremos a parar.

Papá: tu cráneo se pudre en la tierra donde yo nací, en representación de la injusticia mundial. Por eso hablabas poco. No hacía falta. Y lo demás

—comer, dormir, sufrir, hacer hijos— fueron gestiones necesarias, naturales, como quien llena su libreta de ser vivo.

Nunca te olvidaré, en la oscuridad del comedor, vuelto hacia la claridad de tus comienzos. Hablabas con tu tierra. En realidad, nunca te sacaste esa tierra de los pies del alma. Pieses llenos de tierra como silencio enorme, plomo o luz.

Roma/13.5.80

Volví clandestinamente a Buenos Aires, en mayo de 1978. Estaba bella la ciudad.

Mejor dicho, bellísima bajo esos días de mayo en que el otoño porteño admite un fuego, una calor de primavera muriendo o por nacer, nunca se sabe.

Me habían aconsejado que no caminara por el centro, que no frecuentara los sitios que solía frecuentar. Naturalmente: caminé por el centro, por los sitios que solía caminar. ¿Quién me iba a reconocer?

¿No estaba muerto Paco? ¿No habían secuestrado a Rodolfo y a Haroldo? ¿No habían matado al Jote, al Lino, a Josefina, a Dardo, a la Diana, tal vez? El restorán donde mi hijo escribió un poema sobre el mantel de estraza, este poema:

*La oveja negra
pace en el campo negro
sobre la nieve negra
bajo la noche negra
junto a la ciudad negra
donde lloro vestido de rojo*

El restorán estaba abierto, pero a mi hijo lo habían secuestrado dos años atrás y nunca supe de su suerte. Su mujer estaba encinta de siete meses cuando la secuestraron con él.

Leí los diarios de la época. En *La Opinión* —donde alguna vez trabajé, que alguna vez fundé—, un compañero intelectual de la izquierda (ex compañero o ex izquierda) sumaba su vocécita paga a la propaganda de la dictadura militar. El diario era de los militares para entonces, el ex compañero o ex izquierda, también.

Hago esfuerzos y no alcanzo a recordar su nombre. Era cuentista, o algo así, como su mujer, que se cagaba en Rosa Luxemburgo desde posiciones de izquierda. Tenía un año de izquierda que no le habrá impedido evacuar la pitanza militar.

Roma/20.5.80